

SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD (A)
Homilía del P. Bernabé Dalmau, monje de Montserrat
Ex 34,4b-6.8-9; 2Co 13,11-13
Jn 3,16-18

Queridos hermanos y hermanas:

Un teólogo catalán residente en Chile escribió hace pocos años un libro con este título: "¿En qué creen los que creen?". Es bueno recordarlo ahora, pues el Evangelio ha dicho que tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él.

¿En qué creen los que creen? Buena pregunta para este domingo de la Trinidad. Acabada con Pentecostés la celebración anual de los misterios de Cristo, entramos en un largo tiempo ordinario, imagen de nuestra vida presente que se sitúa entre el don del Espíritu Santo y la segunda venida de Jesucristo, al fin de los tiempos. Imagen de nuestra vida, que se debate en el trajín de nuestras realidades más humanas, personales y sociales, y el término hacia la cual nos acercamos cada día un poco más: el encuentro con Jesucristo en el momento de la muerte.

¿En qué creen los que creen? Quizás alguien podría decir, sin pensárselo mucho: Creen que Dios es uno, pero que se nos ha dado a conocer en Jesucristo. Creen que éste nos ha enseñado que Dios es nuestro Padre y que el Amor con que nos ama es el Espíritu Santo. Creen que los seguidores de Jesús forman una comunidad, llamada Iglesia. Creen que los muertos resucitan a una nueva vida en Dios para siempre. En una palabra: creen aquello que profesan cada domingo, como ahora haremos nosotros dentro de unos momentos. Cómo dice la liturgia del bautismo: "Ésta es nuestra fe. Ésta es la fe de la Iglesia, que nos gloriamos profesar, Cristo Jesús, Señor nuestro".

Ya sabemos, sin embargo, que las cosas son un poco más complejas. Los que creen -digámoslo desde ahora en primera persona-, los que creemos también tenemos parcelas de duda, tenemos situaciones que ponen a prueba nuestra fe. Ejemplos: la angustia de tantos cristianos cuando los achaques de la vida les hacen pensar en la muerte; la experiencia de ausencia de Dios que vivió santa Teresa de Lisieux el último año de su breve vida; los cuarenta años que la beata Teresa de Calcuta no dejó de trabajar por los pobres en medio de una oscuridad total de la fe. Para no hablar de los Apóstoles mismos, a quienes el Señor tenía que recriminar que fueran hombres de poca fe.

Recíprocamente, los que no creen -y quizás por solidaridad respetuosa hacia ellos también podemos usar a la primera persona- los que no creemos compartimos con los creyentes unos interrogantes enormes sobre el porqué de muchas situaciones: el ciclón de Birmania, el terremoto de la China, los atentados terroristas, el mareo político del tema del agua, el sufrimiento de los inocentes, la vida, la muerte, cualquier tipo de mal ... Y si somos humanos de veras, estos interrogantes no nos dejan tranquilos. Sobre todo cuando los vivimos de cerca.

Todo eso -los interrogantes que no resolvemos y las certezas que no queremos perder- nos ponen ante de los ojos el misterio de Dios. No me gusta, a mí, hablar del problema de Dios. No, digamos misterio. Sintámonos un poco como Moisés que se prosternó y adoró con la frente en tierra. Digamos misterio, cuando menos por respecto al gran número de creyentes que están convencidos de que "los conceptos más elevados sobre Dios no llegan nunca hasta su auténtica grandeza; son siempre inapropiados" (Benedicto XVI, Audiencia general 14.05.08). Ya es muy antigua la

afirmación que, de Dios, es más lo que no sabemos que lo que conocemos. "Es más fácil decir lo que Dios no es, que expresar lo que es realmente. Sólo a través de las imágenes [imperfectas de la Biblia] podemos adivinar el verdadero rostro de Dios, y, por otra parte, este rostro de Dios es muy concreto: es Jesucristo" (ib.).

¿En qué creen los que creen? Pues en esta realidad tan endeble que ya impactó a san Francisco de Asís: que al final el amor ve más que la razón. Por eso una fe débil o puesta a prueba es compatible con una caridad sin límites hacia los necesitados. Este camino humilde, pobre, pero profundamente realista, está emparentado con la cruz de Cristo. Y es así también como tenemos que vivir las realidades de la Iglesia, lejos de triunfalismos, pero firmes con la autoestima del que está "cerca de Dios en Cristo, en la profundidad del encuentro con Él, en la experiencia de la verdad, que nos abre a la luz y nos ayuda a salir al encuentro de los otros: la luz de la verdad, la luz del amor" (ib.).

La fiesta de la Santísima Trinidad es también una invitación a hacer caso a san Pablo cuando nos exhortaba a estar contentos, a animarnos, a vivir en paz y bien avenidos. "Y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros", escribía. Vistas las cosas así, quizás no hacen falta excesivas explicaciones para saber en qué creemos los que creemos. Cojámonoslo con la flema británica de un escritor del siglo octavo, san Beda el Venerable. Habiendo dictado desde el lecho de muerte la última línea de su último libro, se puso a cantar por última vez: "Gloria a Padre y al Hijo y al Espíritu Santo". Y -concluye al biógrafo- "entregó el espíritu después de haber pronunciado el último de los nombres divinos".